

---

**Shusaku ENDO**, *Vita di Gesù*, Brescia: Queriniana, 2017, 234 pp., 13,5 x 21, ISBN 978-88-399-2887-0.

La *Vida de Jesús* de Endo (1923-1996) es de 1973. La figura de este escritor japonés ha adquirido recientemente renovada notoriedad debido a la película «Silencio» (2016, dirigida por Martin Scorsese), basada en la novela del mismo nombre publicada por Endo en 1966, y cuyo tema gira en torno a la apostasía de un misionero en el Japón del siglo XVII. Es por esta razón por lo que, pienso, merece la pena reseñar esta reedición de su *Vida de Jesús*, aun teniendo la obra ya a sus espaldas cuarenta y cinco años, pues refleja bien una forma de acercarse a Jesucristo todavía viva hoy día.

Endo dice que quiere presentar una imagen de Jesús tal y como la puede comprender el pueblo japonés. Y aunque, como él afirma, no quiere escribir con pretensiones teológicas, *de facto* lo hace, apoyándose para ello en autores como Rudolph Bultmann, Günther Bornkamm y Ethelbert Stauffer.

El pueblo judío en la época de Jesús es, dice Endo, un pueblo humillado, herido en su orgullo por el invasor pueblo romano (p. 26). En este contexto entra en escena Jesús, que, aunque en un principio se une al Bautista, atraído por su predicación (pp. 28-29) y por su actitud de desconfianza hacia los judíos de Jerusalén (p. 33), le deja debido a la imagen que tiene de Dios, marcada por la ira, el juicio y el castigo (pp. 38-39). Y algo parecido le ocurre con los de Qumrán, lugar en el que fue «tentado» a unirse con la secta secreta de los esenios (que querían restaurar el verdadero judaísmo gracias al mesías) (p. 40), y con los de Galilea (alineados con los zelotes), que también le buscan como cabeza. Las tentaciones evangélicas no serían sino la expresión de aquel «enfrentamiento» con los deseos de los de Qumrán, llenos de ansias de poder humano: el reino de esta tierra (el pan), el poder y la gloria. En Jesús lo que se afianza, dice Endo, es la imagen de Dios como amor (pp. 42-43).

Jesús vuelve a Galilea, donde es acogido por su madre como un hijo pródigo, no así por sus primos. En Caná cambia el agua en vino (hecho «narrado como un milagro en el evangelio»), lo que sería un símbolo de la relación de Jesús con sus discípulos: Jesús busca sublimar los sueños humanos (agua) en su mundo (vino) (p. 51). De vuelta a Judea, Jesús bautiza a sus discípulos. Mientras, el Bautista es arrestado por el temor a una revuelta. A él no encuentran modo de acusarle (Jn 5,17-47). La muerte del Bautista le entristece y piensa si

dejarse llevar por el pueblo. Vuelve a Galilea por Samaria, por seguridad, para mostrar su amor por los despreciados (p. 57).

Llegada esta parte del relato, Endo explica el punto de vista de su biografía. En su opinión, los evangelios recogen confesiones de fe y relatos o leyendas populares o de discípulos testigos: «Usando aquel material (...) trazaron la vida de Jesús según sus criterios. Por eso vemos con certeza que en la vida de Jesús descrita en la Escritura está siempre *la verdad* aunque los *hechos* no son siempre narrados exactamente en todos los particulares. (...)». Separando en la Escritura los hechos de los relatos, Bultmann llega al fin a esta desesperada conclusión: «En la Escritura la figura del Jesús histórico se aleja siempre de nosotros» (p. 60). En los evangelios, dice Endo, se encuentra el Jesús de la *verdad*, no el de los *hechos*. Frente al Dios de la ira (del desierto), Jesús tiene un anuncio de alegría, el del Amor de Dios (el lago) (p. 63). La gente, sin saber quién era, intuía su ternura, y esto tocaba más que cualquier milagro. Pero Jesús, dice Endo, se da cuenta de la impotencia del amor en la realidad actual (no es útil para lo concreto) (p. 71). Y sabe que, cuando la gente, que quiere resultados, se entere, le traicionará. De aquí la tristeza de Jesús: la gente le busca por los milagros, pero él no los hará. En Jesús se espera a un liberador político tras la muerte del Bautista. La preocupación de Jesús es otra: ¿cómo hacer ver el amor de Dios aquí? En la «multiplicación» de los panes y los peces –en el contexto de la creencia popular de que el mesías va a aparecer en la Pascua– algunos empiezan a decir que es el mesías. La gente, en ese momento de exaltación patriótica, espera recibir comida... y lo que recibe es el alimento del amor (éste es el significado de la Última Cena para Endo). Éste sería el momento histórico en el que Jesús no acepta ser mesías de este mundo. Y así en el sermón de la montaña: la multitud le pide levantarse y él responde citando a Isaías (61,1-3) y con las bienaventuranzas. Entonces, algunos le desaprueban y otros experimentan rabia (p. 86).

Jesús vuelve a Galilea y es acogido con sospecha. Muchos le abandonan. La expresión «tiene palabras de vida eterna» (Jn 6,69) sería reflejo del *kerygma* primitivo, no de los hechos sucedidos (p. 98). Pero los discípulos son débiles para abandonar a Jesús. Los pocos que quedan con Jesús, le siguen por la tristeza de sus ojos. En Cesarea de Filipo se sincera y elige a Doce como sucesores. El fin de su vida es testimoniar la presencia del amor de Dios y encender el fuego del amor sobre la tierra (p. 107). Y esto pasa por su muerte, de la que habla de una forma oscura, para evitar el miedo: sus discípulos no entienden sus intenciones. Una vez elegidos los Doce, se aleja de ellos para

fortalecerles, dándoles unas normas de viaje y enseñándoles el Padrenuestro. Jesús sabía, dice Endo, que fracasarían y que sólo entenderán tras su muerte. Quiere prepararlos. Y que otros sepan de la cercanía del Reino de Dios: un mundo de amor realizado con la presencia del amigo hombre.

Barrabás se levanta y es encarcelado. El Sanedrín envía espías. Se produce la profecía de Caifás: uno debe morir por el pueblo. Jesús huye a Efraim. En Jericó se unen a Jesús multitudes entusiasmadas; Tomás y otros piensan que ya se va a levantar contra los romanos. En Betania, María le unge como bienvenida y respondiendo a los gritos de «¡mesías, mesías!». El único que entiende a Jesús y no se hace ilusiones es Judas: su comentario en la unción no es hipócrita; conoce el secreto de Jesús. Judas opina que los trescientos denarios son mejores que ese amor que no afecta a la vida presente. También es una «advertencia» a Jesús: «no necesitan la eterna compañía de tu amor sino ser curados» (pp. 128-129).

Ya en Jerusalén, dice Endo, «no se sabe cuánto es verdadero en el relato de la Pasión». Las citas de cumplimiento son explicadas por Endo «al revés»: los autores del Nuevo Testamento las «copian» del Antiguo y las aplican a Jesús (incluido el nacimiento en Belén). Y aunque, dice Endo, no todo en estos relatos corresponda a los *hechos*, por su creación es *verdad* (pp. 134-135).

Jesús entra en Jerusalén entre el entusiasmo de los peregrinos. Habla del Dios del Amor y del amor de Dios en el Templo. Dice que el amor es mayor que el Templo. Los peregrinos ven esto como un desafío al sanedrín, comprometido con los romanos. Llega la cena, que no es ni familiar, ni solemne ni secreta, sino con todos los peregrinos, que le piden que sea su cabeza (la cena de los evangelios, dice Endo, es un rito de la Iglesia primitiva) (pp. 148-150). Pero entonces Jesús decide separarse de los que le han entendido mal: habla del Dios del Amor, rechaza las falsas expectativas. Y es abandonado por Judas y los peregrinos. Denuncian a Jesús. Mientras, Jesús teme por sus discípulos. Sabe que serán débiles hasta su muerte. En el huerto de los Olivos, Jesús sufre por el miedo a lo que va a suceder: una muerte dolorosa, incomprendida, miserable. El sanedrín decide intercambiar a Jesús por Barrabás. Pedro niega. Judas, consternado, que no esperaba la condena a muerte de Jesús, siente amor y odio por él. Y decide morir para ser siempre odiado por los hombres, sufrir para siempre por lo que Jesús prueba. Así, Judas «creyó» y «fue salvado»: el amor de Jesús también cayó sobre él (p. 164).

A Jesús se le acusa de querer destruir y levantar luego el Templo. El sanedrín pide a Pilato que lo ejecute por un crimen político y que lo cambie por

Barrabás, con el objeto de salvar el honor del mismo sanedrín y de que Jesús sea olvidado. Pilato, en situación delicada tras la caída de Sejano, su protector, entiende que se trata de un «proceso» religioso y no quiere actuar, pero el sanedrín dice que Jesús levanta a las masas y pide no pagar los impuestos. Pilato debe interrogarlo para no ser acusado él mismo. Y decide castigarlo para evitar un levantamiento. En él no hay más que indiferencia y desprecio. Lo manda a Herodes, pero éste constata que no puede hacer milagros. La masa, desilusionada, quiere la liberación de Barrabás, auténtico revolucionario. Pilato y el sanedrín quieren evitar un levantamiento; no quieren perder su poder. Pilato ya no busca liberar a Jesús, y sus preguntas al pueblo son para lograr un acuerdo total judío y no ser él el responsable. Piden la crucifixión, como imputado político, no religioso (pp. 178-179).

Jesús es flagelado y llevado en cortejo con dos prisioneros políticos. Aquí se ve como nunca al hombre débil y que no puede hacer nada: aquí está escondido el auténtico misterio del cristianismo (p. 185). En Jesús vemos, dice Endo, que ser cristianos es ser «débiles» sobre la tierra. Cuando los otros dos piden a Jesús que se salve y que les salve, ¿es petición de ayuda o sarcasmo? De nuevo vemos ahí debilidad e incapacidad: la realidad llamada amor no tiene poder y es incapaz en el sentido terreno (p. 188). Ya crucificado, está cada vez más solo: permanecen unos curiosos y unas mujeres desesperadas, que esperan un último milagro. Y Jesús muere. El temblor, el velo rasgado, la oscuridad, son, dice Endo, la expresión de un lamento, de la perplejidad y la confusión de los discípulos. Ellos esperaban algo potente hasta el último momento, pero no sucedió nada, y vino la desilusión y la desesperanza (pp. 196-197).

Endo dedica el último capítulo a hablar de la «resurrección»: ¿es una creación de la primera comunidad?, ¿es una narración simbólica para expresar la «eterna vida» del Cristo? ¿Cómo es posible que de repente, aquellas personas pasen de ser débiles, necias, ambiciosas a fuertes apóstoles del mesías del amor? En opinión de Endo, es un enigma que aquellas personas hayan comprendido el real valor de Jesús y que se hayan convertido en lo que luego fueron. Enigma es que admitieran la resurrección de Jesús y le divinizaran. Endo se apoya en la «historia de las formas» y en la «historia de la redacción» para distinguir entre el *verdadero* Jesús de la Biblia y el Jesús creado y nacido de la teología de la primera cristiandad, y del que el Nuevo Testamento es el punto de partida (pp. 202-204). En ninguno de los grupos de la época, dice Endo, se divinizó a su cabeza. Sólo los discípulos de Jesús dejaron Israel y difundieron su mensaje por todos lados. Quizá, plantea Endo, la resurrección se en-

tendía como que los «poderes» de un fallecido obraban en otro. Pero esto no le cuadra. Quizá el remordimiento o la vergüenza por haber abandonado a Jesús les cambió como personas. Tampoco esto parece bastarle. ¿Acaso entendían la resurrección como la segunda venida de una personalidad excepcional en otra personalidad excepcional? (pp. 205-208).

Endo dice que debió producirse un suceso extraordinario que llevó a hacer de aquellos hombres débiles, firmes apóstoles. Su solución pasa por ver un gran simbolismo tanto en el relato de la pasión como en el de la resurrección: Pedro fue juzgado junto a Jesús, como representante de los demás, y renegó de él, también en representación de los demás. Por eso no se les persiguió. Jesús se convirtió en cordero sacrificial por ellos. La escena de Barrabás sería simbólica: es la promesa del sanedrín de dejar a los discípulos a cambio de Jesús (pp. 216-217). En este estado de cosas, Jesús, desde la cruz, en sus últimas frases, en vez de echarles nada en cara, les perdona. Y esto les produce una impresión tan intensa, que les lleva, por fin, a comprender a Jesús y a llamarle «Hijo de Dios» (p. 221). Comienzan a comprender que hay algo más alto y eterno que milagros y resultados inmediatos. Comprenden que Jesús no puede nada pero que no abandona a los que sufren (como el Siervo de Yahvé de Isaías). La resurrección habría surgido, afirma Endo, en la fe de los discípulos (como decía Bultmann). Pero el enigma sigue, porque incluso este estado de ánimo hubiera tendido a desaparecer con el paso del tiempo. Endo se pregunta: ¿por qué Jesús fue divinizado tras su muerte por la fe de sus discípulos?, ¿por qué Pablo habla con tanta fuerza de la fe en Jesús como Hijo de Dios? Aunque la tumba vacía hubiese sido un invento, ¿qué es lo que les llevó a hacer del débil Jesús y un fuerte Jesús? (pp. 227-228).

Endo separa en su libro los *hechos* de la «verdad», la *historia* de la *fe*. Algunas afirmaciones de los evangelistas, según él, tienen base histórica; muchas, no. Los milagros son descripciones simbólicas. También un sinfín de detalles de los relatos de la Pasión. Jesús es un hombre bueno, mesías del amor de Dios, impotente, que busca quedarse en los corazones de los hombres como expresión del amor que siempre acompaña. Es difícil entender quién o qué es Dios para Endo. Jesús ha sido divinizado no se sabe muy bien por qué, pero en todo caso se trata de algo surgido de la fe de la primera comunidad cristiana. Este Jesús de la fe descrito por Endo no es el Jesús cristiano: no es salvador del pecado ni de la muerte. La idea de amor que tiene Endo es, cuando menos, enigmática, pasiva, «mortecina». En la *Vida* de Endo se habla de política; lo sobrenatural brilla por su ausencia. ¿Cómo pueden ese «Dios del

amor» y ese «triste mesías del amor de Dios» haber dado esperanza al mundo y seguir dándola hoy día? Un Jesucristo meramente humano no puede permanecer en la historia ni cambiar la historia como de hecho ha sucedido. La *Vida* de Endo pone de manifiesto hasta qué punto un cristianismo separado de la historia y de lo sobrenatural se convierte en una especie de buenismo en el que su «Jesús» no aporta nada que no hayan aportado y puedan aportar otros. Su *Vida de Jesús* es muy poco cristiana.

Juan Luis CABALLERO

---

**Rafael AGUIRRE (ed.)**, *Así vivían los primeros cristianos*, Estella: Verbo Divino, 2017, 414 pp., 15 x 23, ISBN 978-84-9073-342-4.

El año 2010 un equipo interdisciplinar de investigadores sobre la primitiva cristiandad publicaba la obra conjunta titulada *Así empezó el cristianismo*. Se trataba de una aproximación al proceso de formación del cristianismo de los orígenes, es decir, el correspondiente a las cuatro primeras generaciones, hasta finales del siglo II. Prácticamente el mismo equipo de trabajo ha publicado en fecha reciente *Así vivían los primeros cristianos*, que pretende completar la obra anterior. El tema es de gran interés y mérito porque se trata de investigar el periodo más decisivo del cristianismo primitivo (siglos I y II) a través de fuentes históricas limitadas.

En la *Introducción* se explica el plan del trabajo y la perspectiva que adopta: lo que se pretende es definir cuáles eran las características específicas de los grupos cristianos de los orígenes y qué los distinguía de los demás grupos religiosos. El equipo de investigación señala: «somos muy conscientes de que afrontamos un proceso evolutivo muy complejo» (p. 10). Por eso mismo reconocen que el título de la obra *Así vivían los primeros cristianos*, puede sonar un tanto contundente; sin embargo, pese a que son grupos muy diversos, se pueden detectar algunos rasgos comunes que van evolucionando, como señala el subtítulo de la obra: *Evolución de las prácticas y de las creencias en el cristianismo de los orígenes* (cfr. p. 9).

El estudio se estructura en cuatro partes: 1. *Experiencias extraordinarias en los orígenes*; 2. *Los ritos*; 3. *Las prácticas de vida*; 4. *Las creencias* (como notable novedad metodológica frente a otros estudios similares, se sitúa este tema al fi-